

SEMBLANZA DE DON JULIO SAAVEDRA MOLINA

La jubilación, que para muchos es un descanso que conduce a la irritación por el hastío, significó para don Julio Saavedra Molina el nacimiento a una nueva vida. Acumulando conocimientos que le acompañaban desde la juventud, optó por la erudición literaria, y en cortos años cimentaba un bien fundado renombre como tratadista de métrica. Sus estudios estaban ya terminados, pero, en un anhelo de perfección que no es usual en Chile, empeñábase el autor en mantenerlos inéditos, sin ofrecer de ellos otra cosa que esbozos y fragmentos adecuados, por su brevedad, para ser insertados en las revistas que podían acoger tan difícil colaboración. Porque, en efecto, nuestro discreto amigo había escogido en las letras la ruta menos frecuentada, la que ofrece más obstáculos. El que recorra prolijamente, oídos y corazón abiertos, la edición que el señor Saavedra Molina hizo de las obras de juventud de Rubén Daro, habrá de asombrarse por el cúmulo de observaciones, así como de la singular destreza del autor para sortearlas. Y si no se asombra, querrá ello decir que la erudición literaria nada le sugiere y ninguna emoción promueve en su ánimo, cosa que por lo demás rige con la mayoría de los lectores y nada tiene de extraño. Son estudios de que el vulgo se dispensa con gracia, abrumándolos bajo el epíteto de soporíferos, y a sus autores también resulta fácil agobiarlos con el nombre de secos, duros y pedregosos.

En nuestras conversaciones de intervalo entre una obra y otra, o cuando el señor Saavedra acababa de publicar un fascículo, más de una vez charlamos acerca del duro camino que habíamos escogido. Yo le decía que tenía la ventaja de haberlo tomado más joven, de manera que había tenido tiempo de hacerme a sus asperezas. El, en cambio, me decía que por haberlo preferido en la madurez, de nada

podía acongojarse en extremo. Y nos costaba despedirnos. Llegaba la hora, cogíamos nuestros libros y echábamos a caminar. En la esquina próxima había que añadir un ápice olvidado, y de nuevo la charla fluía de sus labios, intermitente, seductora, casi me atrevería a decir que apasionante. Por la práctica de muchos años en la enseñanza del francés, tenía el hábito de pronunciar correctísimamente, y de vez en cuando deslizaba alguna expresión en aquella lengua, que le era tan familiar como la materna. De pensar en las palabras había llegado, como tantos otros, a pensar en los conceptos que ellas representan. Era preciso en el decir, y afanoso de alcanzar la claridad anhelada como meta.

Terminados sus estudios preparatorios y obtenido el título de profesor de francés en el Instituto Pedagógico, el señor Saavedra emprendió un corto viaje de estudios por Europa. Detúvose particularmente en Francia, y a su regreso se incorporó en la enseñanza secundaria como profesor del Internado Nacional Barros Arana. Pronto se daba a conocer como estudioso de los problemas educacionales en la mayor amplitud de ellos. Le interesaban igualmente la situación económica del profesorado que la defensa del idioma patrio, y aún la reforma general de la enseñanza secundaria. A este último tema dedicaba no sólo un folleto cuyo título hemos reproducido casi textualmente, sino también trabajos efectivos para agrupar al profesorado en asociaciones de estudio que permitieran fecundar los conocimientos de todos e ilustrar, en fin, a los poderes públicos. Era partidario de “nuevos rumbos en la educación”, como se decía entonces, y para hacer ambiente a esas ideas acudió a la prensa periódica. En las páginas de *El Mercurio* y de *Las Ultimas Noticias* quedan algunas de sus colaboraciones, suscritas con los seudónimos *Copihue* y *Bref*. La educación para él debía ser gratuita en lo posible, de manera que todos los talentos susceptibles de aprovecharla con ventaja para la nación, recibieran en cuota equitativa sus beneficios. Una selección basada más en la fortuna que en la inteligencia y el saber, sería regresiva. El liceo debía adaptarse a estas exigencias, y no permanecer enquistado en su forma primitiva, que algo, o mucho, conservaba de aristocrática, dada la fecha en que se le implantó en Chile. La carrera del profesorado debía ser bien remunerada; de otra suerte,

esto es, sin estímulos adecuados, corríase el peligro de que accedieran a ella, de preferencia, individualidades pobres, ramplonas.

Todas estas ideas no impedían que el profesor tratara con especialidad los temas para los cuales se había preparado en Chile y en Francia. La pronunciación castellana en Chile fué objeto de diversos estudios que llevan la firma del señor Saavedra, algunos publicados en *Le Maître Phonétique*, periódico que durante algunos años disfrutó de amplísima autoridad en ambos mundos por lo selecto de sus colaboradores. Y de estos estudios y de otros obtuvo, como conclusión, el señor Saavedra, que "la mayoría de nuestras degeneraciones de lenguaje, sean ellas fonéticas, léxicas o sintácticas, tiene su cuna en alguna región de España". Los trabajos que entonces acometió, aun cuando no fueran rectamente entendidos entonces por don Miguel de Unamuno, nos dicen claramente que para el autor la lengua era una sola, así fuese hablada en Castilla o en la Argentina o en Chile, y que las peculiaridades regionales acaso introducidas en estos países no bastan, por ellas solas, para hablar de nuevas lenguas¹.

El señor Saavedra saltó pronto, sin embargo, la barrera que lo mantenía dentro del profesorado como uno de sus miembros más cultos y preparados. Y el salto lo colocó en sitio de preferencia en la filosofía social. Dió conferencias y escribió artículos para advertir acerca de propensiones y hábitos sociales que el ejercicio del profesorado le había señalado como reprensibles en la vida chilena, para proponer reformas útiles y de alcance nacional. No temió señalar que el personal de la educación secundaria entonces disponible era inepto para una adecuada enseñanza de la educación cívica: había muchos extranjeros. Y agregaba:

En términos generales, la psicología del extranjero en Chile (conforme con la de casi todo trasplantado) tiene, entre otras características, las siguientes: crítica implacable y acerba, menosprecio basado en la creencia de una superioridad ya de raza, ya de civilización y que genera un trato paralelo para con el criollo, quien, en su concepto, es poco menos que un salvaje, de intelectualidad, instrucción y moralidad inferiores. (*Repeliendo la invasión*, p. 34).

Quería, además, que la educación fuese un tanto utilitaria, sin

¹ Los estudios publicados por el señor Saavedra en esta primera parte de su carrera son los titulados *Nuestro Idioma Patrio*, conferencia, 1907; *Reformemos nuestra Enseñanza Secundaria*, 1912; *De la renovación de la Gramática Castellana por los profesores del ramo*, y *Por qué hay que reformar la Educación*, ambos de 1914. En el penúltimo anunciaba la pronta publicación de un *Estudio de la pronunciación chilena*, "años ha comenzado", y que nunca publicó.

dejar por eso de proporcionar al educando las armas habituales y de tradición del raciocinio y de lo que, en términos a veces más comprensivos que precisos, se llama cultura. En sus días había comenzado a observarse ya el proceso de una transformación social que no pudo pasar inadvertido para él, dado el bagaje intelectual con que había encarado la vida del magisterio. Las industrias y el comercio dejaban de ser el patrimonio de los chilenos de origen y de nacimiento; de la nada se improvisaban aptitudes para ocupar un sitio de predilección en esas mismas actividades, hombres que no habían nacido en el país o que eran hijos de extranjero muy recién llegados; todo acusaba un cambio profundo y tal vez de dilatadas consecuencias. La educación nacional prevaleciente a lo primeros años del siglo XX le parecía al señor Saavedra incapaz de retener dentro del país todos los resultados del esfuerzo humano aplicado a la industria y al comercio.

Nuestra riqueza, es decir, nuestro trabajo, nuestro nervio —decía—, se marcha fuera, porque no tenemos industria, o porque la que tenemos es de propiedad extranjera; nuestra riqueza, es decir, nuestra sangre, nuestra vida, se queda entre las manos del comerciante, del forastero que hemos hospedado en nuestra casa. (*Repeliendo la invasión*, p. 23).

De no saber administrar la riqueza se pasaba a un extremo peor, que el escritor denuncia con una sobriedad de términos que hace el mejor elogio de su estilo en aquella edad juvenil. "No se nos enseña a amar la riqueza, y la indigencia comienza a asumir caracteres de un peligro nacional." Sentía el escritor que hubieran sido el hogar y el colegio, de consuno, los que habían fomentado "la distancia hacia la industria y el odio al comercio". Las profesiones liberales habían creado peligrosos espejismos. Los hijos de familias señaladas en el comercio durante generaciones, procuraban adquirir patentes de sabios en las universidades, antes que seguir trabajando en el mostrador o en el taller, codo a codo con sus auxiliares. Y esta situación paradójica del pobre que desprecia al rico e inclusive al que va camino de serlo, llevaba al señor Saavedra a acuñar otra expresión feliz:

Nuestro roto, que despilfarra su jornal, mira con desprecio al sobrio italiano que amasa centavos y llega a crear una fortuna... (ibid. p. 25).

Por todo esto viénesse a comprender fácilmente que el ideal social del señor Saavedra Molina era el de un cuerdo nacionalismo, no basado en la exclusión de ninguna raza ni en la negación de los frutos de

una cultura determinada, sino sólo en la conveniencia de llamar a los chilenos, a sus propios connacionales y conciudadanos, a las ventajas que se siguen cuando todo el pueblo que habita una comarca emula conscientemente en el esfuerzo para adquirir la riqueza con el trabajo asiduo, tesonero, encaminado siempre rectamente y sin desmayos hacia sus fines propios: el bienestar social.

En 1937 presentábamos el señor Saavedra y yo una nota a la Universidad de Chile en la cual se le decía, en sustancia, lo siguiente: que en el curso de 1938 se enterarían cincuenta años de la publicación de *Azul*; que este libro de Rubén Darío había dado origen al movimiento modernista, que renovó la literatura americana de lengua española; que era conveniente que Chile se asociara a la celebración de aquella fecha, y que, a juicio nuestro, era procedente hacer con este motivo una edición seria y definitiva de las obras de Darío que fueron producidas en Chile. En atención a nuestra instancia, la Universidad de Chile auspició un homenaje que habría alcanzado brillantes caracteres si no lo hubiera suspendido un acto de mala fortuna que luego será narrado. Lo único que resta de ese homenaje fué el primer tomo de la serie de *Obras Escogidas de Rubén Darío publicadas en Chile*, que apareció en edición universitaria en noviembre de 1939. Allí se dieron a luz los *Abrojos*, el *Canto épico a las glorias de Chile*, las *Rimas* y el *Azul*. La edición, crítica y exhaustiva en materia de notas y de comentarios, corrió a cargo del señor Saavedra y del profesor norteamericano Mr. Erwin K. Mapes, que se había distinguido ya como dariísta insigne al publicar, en 1924, su *Influence française*. La colaboración del señor Saavedra en este volumen, consistía nada menos que en la preparación, anotación y prólogo de todas las obras citadas, y el señor Mapes le ayudó sólo en aquellos mismos trabajos referentes a *Azul*.

Tengo distancia suficiente para juzgar este trabajo, que sólo me era comunicado por el señor Saavedra en algunos puntos de duda en que podían servirle mis papeletas. Y no vacilo en apellidarle maestro, por las innumerables rectificaciones que contiene, así como por el excelente modelo que ofrece para cuantos quieran proseguir la obra iniciada. "Las notas de la presente edición —se lee en el prólogo que firmamos el señor Saavedra y yo— están motivadas principalmente por las variantes, los neologismos, la prosodia de ciertos vo-

cablos y otras circunstancias análogas. Se han acogido como variantes sólo las dicciones diferentes que tienen o podrían tener un sentido correcto en armonía con el texto; en el caso contrario, las diferencias se han considerado erratas y se han desechado, con la sola excepción de aquellas que pudiesen contribuir a esclarecer algún detalle del texto o la variante." Allí puede verse, en síntesis, el colosal trabajo que se tomó el editor de aquellas *Obras Escogidas*. Con una paciencia y una perspicuidad que siempre me asombraron, el señor Saavedra no omitió esfuerzo por brindar un texto correcto y claro. Cada cierto número de días llegaba a la Biblioteca Nacional con un pliego de consultas, que era preciso absolver en presencia de los textos mismos. Por esos días el diligente editor se dió a la grata labor de formar una colección completa de las obras de Darío que le iba a permitir más adelante producir otros estudios a que también pasaremos revista. Es satisfactorio tomar nota de que esa colección, conservada en el mismo carácter que le dió su dueño, se encuentra hoy en la Biblioteca Nacional, ya que fué adquirida por este establecimiento a sus herederos, a raíz de su muerte, a fin de que sirva para futuras investigaciones.

Este bello esfuerzo quedó inconcluso por un azar nunca suficientemente lamentado. Seguimos trabajando en el segundo y último tomo el señor Saavedra y yo, y, conforme nuestro programa, en él se habrían incluido las referencias a Darío que se registran en artículos de varios autores motivados por las obras que el poeta nicaragüense publicó durante su estada en Chile, de 1886 a 1889, más noticias de diarios y revistas que contribuían a dar luz sobre aquellas obras y aún sobre la existencia misma del poeta durante sus días chilenos. De prólogo a esta recopilación iba a publicarse, asimismo, una especie de biografía de Darío en el tiempo de Chile, escrita por el más débil de los dos colaboradores de esta generosa empresa. Y todo estaba listo, se había compuesto, se habían corregido las pruebas con esmero ejemplar, y se habían entregado, en fin, las páginas con la autorización necesaria para que fuesen tiradas. La Imprenta Universo que las recibió, quedaba en condiciones de producir el segundo tomo en pocas semanas. Pues bien, a la mañana siguiente de haber cumplido ese que nos parecía el último trámite, leíamos en los diarios la noticia de que un devorador incendio había destruído en pocos minutos el trabajo de meses en que nos habíamos empeñado el señor Saavedra y yo. Fuerte en la desgracia, mi amigo se encaminó

hacia el sitio mismo de la catástrofe, pidió permiso para aventurarse entre los escombros, recorrió lo que allí quedaba, con la ilusión de encontrar aquel paquete de pruebas entregado sólo en la víspera. Por cierto que su diligencia fué en balde. Nada se halló. El incendio había destrozado maquinarias, útiles y existencias de la imprenta hartó más duras y consistentes que el manojó de frágiles hojas de papel que llevaba las huellas de nuestra fatiga de meses...

Con semejante prueba se retrajeron nuestros ánimos. Más de una vez hablamos de volver a las andadas, reconstituyendo, con algunos originales que nos habíamos reservado, aquel trabajo de larga fatiga. Pero en definitiva nada hicimos. Fuese superstición o cualquier cosa, es el hecho que no nos atrevimos a contrariar la voz de aquella advertencia. El segundo tomo de la recopilación prometida no se publicó en vida del señor Saavedra, ni creo que se publique ya.

En la cubierta de color de uno de sus últimos libros señaló el señor Saavedra una agrupación de los estudios a los cuales dedicó los años finales de su existencia. Es interesante repetirla porque en ella el propio autor quería indicar por dónde iban entonces sus aficiones. Vemos allí tres porciones: *Versificación castellana*, *Ensayos de crítica y literatura* y *Ediciones de Rubén Darío*. La menos abundante de estas secciones es la última, nada más que porque algunos de los estudios sobre Rubén Darío de que era autor fueron englobados en los otras. Así ocurre con *Los hexámetros castellanos y en particular los de Rubén Darío*, con la *Bibliografía de Rubén Darío* y con otros títulos. Si se rectifica, pues, la ordenación que intentó el autor y se pone, como es legítimo, bajo el nombre del poeta nicara-güense todo lo que el señor Saavedra le dedicó, vendremos a comprender que el ciclo de los estudios dariístas es tal vez uno de los más fecundos en la obra que estamos estudiando, y que, en todo caso, es de cardinal importancia para la erudición literaria que tenga como centro a Rubén Darío, por la escrupulosidad encomiable del señor Saavedra y por la extrema precisión de sus observaciones de crítico y de erudito.

Por lo demás la parte dariísta es la que ocupa mayor ámbito en el tiempo. De 1933 es el breve estudio sobre *El verso que no cultivó Rubén Darío*, y de 1946 la *Bibliografía*. Trece años abarcan las investigaciones, si se consideran los años de publicación, pero tal vez

sean quince o más, si se recuerda cuánto le había sido necesario al autor estudiar el tema antes de poder ofrecer al público nada de lo obtenido.

Publicó en 1938 el señor Saavedra las *Poesías y Prosas raras* de Rubén Darío, esto es, un ramillete de composiciones que no se habían recopilado hasta entonces en los libros que con la pretensión de formar obras completas se editaron en años inmediatamente anteriores. Para establecer mejor el alcance de la cooperación que el investigador chileno prestaba con su nueva obra a la exploración de la producción dariana, conviene tomar nota de los grupos en que se divide el trabajo: *Poemas que no he encontrado en las "Obras Completas"*: en total 41 composiciones dispuestas por orden cronológico. *Poemas trabucados*: 4 en que se registran variantes de diferentes ediciones anteriores, que el autor menciona en notas. *Prosas que no he encontrado en las "Obras Completas"*: 15 cuentos y artículos, la mayor parte de los cuales procede de los escritos de Darío dispersos en la prensa chilena, cartas enviadas a amigos chilenos, prólogos de obras de terceros, etc. Finaliza el estudio con una enumeración de *Otros escritos ausentes de las Obras Completas de Darío*, p. 101-4, en que se dan eruditas noticias sobre varias docenas de esos escritos, tomadas de las fuentes más distintas.

¿Qué utilidad tiene el trabajo que estamos considerando? De su peso se cae que la intención de editar a Rubén Darío en un conjunto de *Obras Completas*, como más de una vez se ha hecho, no podrá realizarse sino a medias mientras no se disponga de todas las piezas que el autor sembró en los más diversos diarios y revistas de América y de Europa, tanto más cuanto que en algunos casos ocurren variantes que transforman la composición primitiva, refundiciones que dejan perplejo al crítico, etc. El hecho mismo de que Darío vivió por temporadas más o menos extensas en las principales ciudades de los dos continentes (Buenos Aires, La Habana, Santiago, Madrid, Barcelona, París, etc.), complica la investigación. De allí que sin esfuerzos de exploración local como los que llevó a cabo el señor Saavedra, se halle todavía distante el día en que pueda proclamarse terminado el escrutinio y completo el cuadro de la abundantísima producción literaria de Darío.

Los diversos estudios sobre Rubén Darío que emprendió el señor Saavedra, le permitieron compaginar poco más adelante su *Bibliografía de Rubén Darío* que se dió a luz en la *Revista Chilena de Histo-*

ria y Geografía y que se tiró aparte en corto número de ejemplares. Presentada al concurso abierto por la Inter American Bibliographical and Library Association, de Washington, fué distinguida con una mención honrosa. La edición que de ella hizo el autor recibió “algunos retoques”, como se lee en una nota de las “\advertencias”. En éstas, además, se nos informa sobre el contenido y sobre el método. Recordaba allí el autor que Darío publicó siete libros de versos, dos en que aparecen mezclados los versos y la prosa, y doce sólo de esta última. También señaló el señor Saavedra la existencia de “algunos folletos . . . , poemas sueltos en diversas obras colectivas . . . , y no menos de 30 prólogos en prosa o verso en ajenos libros”. La obra aparece dividida por el autor en cuatro secciones: “En la primera —escribe— enumero y examino las listas bibliográficas publicadas antes de la presente . . .” En la siguiente “doy de una vez por todas los datos esenciales concernientes a las “obras completas”, a fin de abreviar y no repetir largas frases en cada cita ulterior”. Para este objeto numeró los volúmenes conocidos, a fin de mentar sólo una letra o una cifra romana cuando era menester. Pero advierte: “Ninguna de las series de “obras completas” llegó a término; todas omitieron deliberadamente una parte de las obras o dejaron de publicarse antes de completar su programa inicial. Por consiguiente, el calificativo de “completas” no es más que una declaración de buenos propósitos. Además, en varios casos, alteraron de intento los textos primitivos, y, por lo tanto, hay necesidad de ponerse en guardia, ya que la mayor parte del público conoce hoy la obra de Darío mediante estas reimpressiones . . .” En la tercera sección el autor enumera “los libros y folletos que aparecieron en vida de Rubén Darío (enero de 1867 a febrero de 1916). Son 76 títulos, comprendidas tres segundas ediciones . . .” En la otra sección, cuarta y final, el autor anunciaba la enumeración de cincuenta y nueve “libros y folletos póstumos, pero sólo menciono los que recogen por primera vez algún escrito olvidado por su autor o se distinguen por alguna circunstancia extraordinaria”. De allí, llegaba, en fin, a comprobar que “el total de títulos o papeletas es, por lo tanto, 135”.

Señalados estos pormenores parecería obvio un análisis del libro: sin embargo, conviene hacerlo porque, como ya decíamos, en este libro se compendian no pocos de los trabajos de investigación que tomó a su cargo el señor Saavedra.

La parte chilena de la obra de Darío aparece aquí anotada bajo los números 3 (*Abrojos*), 4 (*Emelina*), 5 (*Certamen Varela*) y 6 (*Reñglones cortos*), títulos todos publicados en 1887. Del siguiente año es el número 7, dedicado a la edición primitiva de *Azul*, estampada en Valparaíso, 1888. El resto del material chileno aparece más adelante: en 1927 (núm. 123 de la bibliografía) las *Obras de juventud* editadas por don Armando Donoso, y en 1934 (núm. 125) las *Obras Desconocidas* recogidas y publicadas por el autor en estas líneas. Queda, como puede verse, en su total representado el material de Darío que produjeron las prensas chilenas, sea cuando el poeta estuvo en este país, sea después. El señor Saavedra estaba perfectamente informado del espíritu que ha prevalecido en estas recopilaciones. Se ha partido de la base de que la obra de Darío no podrá ser estudiada en forma evolutiva sin conocer antes "todo" lo que produjo, ya que hasta la estrofa más insignificante, perdida en viejo periódico, puede dar la pista o de un hecho que afectó el espíritu del poeta, o de una innovación técnica de las muchas que quiso prohiar. A esta obra, como se ha visto, el señor Saavedra no sólo no permaneció indiferente o extraño, sino que se plegó con entusiasmo, como lo prueba su volumen de *Poesías y Prosas raras*.

Entre los "retoques" a que aludía el autor, el más importante nos parece el haber alcanzado a dar noticia en esta *Bibliografía* del libro de don Diego Manuel Sequeira, *Rubén Darío criollo*, que se publicó en Buenos Aires, 1945. La extraordinaria novedad que aporta este libro a los estudios dariano no pasó inadvertida para el escritor chileno. Dijo, en efecto:

La posibilidad de ordenar la obra de R. Darío, en las futuras ediciones, gana, pues, muchísimas precisiones con este libro, indispensable para un cabal dariista. Y si me hubiese sido posible conocerlo antes de la redacción de la presente *Bibliografía*, no pocas fechas de los años 1881 a 1886 habrían sido añadidas o corregidas.

Y luego añadía:

Tan abundante cosecha de escritos olvidados, con sus fechas y fuentes, sitúa el libro del Dr. Sequeira en la categoría de los del Dr. Picado, el Dr. Boti, el Sr. Silva Castro y el profesor Mapes.

De Darío pasó el señor Saavedra al estudio de la métrica, ya que no en vano varios de los extremos de la obra del poeta nicara-

güense ponían en descubierto el ansia de innovar en la versificación. Y después de algunos estudios preliminares, llegó nuestro compatriota a no pocos descubrimientos interesantes en aquella materia. La métrica ha sufrido innovaciones trascendentales, como se prueba poniendo en fila cronológica los tratados que formulan leyes para su uso, desde que se calcó en ella lo que permitía la lengua latina hasta que se encontraron nuevas formas de composición silábica basadas en la índole de los idiomas romances, y en concreto del español. Esta labor preparatoria de expurgo y de comparación la alcanzó a realizar completamente el señor Saavedra; lo que le faltó, porque la muerte interrumpió súbitamente su paso, fué completar el cuadro en un tratado formal de versificación, de cuyo caudal había anticipado, eso sí, importantes fragmentos. Los capítulos que se rescatan en este libro proceden de allí también y permiten ya divisar el conjunto de la investigación métrica que embargó los últimos años de nuestro dilecto amigo.

Aun cuando el objeto de estas líneas no ha sido otro que recordar la obra de erudición literaria y de tratadista que tomó a su cargo el señor Saavedra Molina, será de justicia consignar algo acerca de su labor docente. Ella está, afortunadamente, consignada en algunos informes y estudios y en textos que han corrido con notable fortuna en las aulas. Profesor de francés, el señor Saavedra quiso auxiliar las tareas de sus colegas con su serie *Le Petit Français*, que cuenta con cuatro volúmenes, serie a la cual añadió en seguida (en idéntico número de volúmenes) su *Grammaire du Petit Français* y su estudio sobre *Los verbos franceses*. El auxilio que estas obras didácticas han prestado a la enseñanza de aquella lengua queda acreditado con el número de sus ediciones. En el período comprendido desde 1930 hasta estos días, fueron reeditadas muchas veces para responder a una activa demanda. La claridad de sus lecciones, el buen orden, el método quedaron patentizados desde el principio, y el profesorado de francés de toda la República los hizo textos preferentes de consulta y de ayuda directa en la clase.

El gobierno convocó por su parte a una Asamblea de Directores y Rectores de establecimientos de educación secundaria por decreto de 12 de abril de 1929. Por ese mismo instrumento se designaba a los profesores don Ramón Gallardo y don Julio Saavedra Molina

para actuar como relatores de idiomas extranjeros. El señor Saavedra presentó a esta asamblea su trabajo titulado *La Metodología de los Idiomas Extranjeros y la teoría de "Escuela Activa"* que sintetiza, en poco más de cincuenta páginas, toda la experiencia que un profesor estudioso había podido atesorar hasta entonces no sólo en el manejo directo de la cátedra secundaria (Internado Barros Arana) y universitaria (Instituto Pedagógico), sino también en la lectura y estudio de no pocas obras en que las especialidades de psicología educacional y organización escolar se codean con la enseñanza de la literatura y de la gramática.

Con estos antecedentes puede afirmarse que el señor Saavedra fué, a más de erudito de las disciplinas literarias a que se inclinó por vocación singular una vez que hubo abandonado las actividades docentes, un ilustrado profesor. Así lo decían a una voz sus jefes y sus alumnos. De estos últimos, sobre todo, conservaba fresco y cálido recuerdo. Los había visto, por años enteros, seguir sus clases con interés creciente, y cuando los volvía a encontrar en la vida trabajando a menudo en labores para las cuales aparentemente no estaba graduada la preparación escolar, no pocas veces le sorprendía la confesión espontánea de que la fatigosa labor del maestro no había sido prodigada en vano. El antiguo alumno recordaba de las lecciones del profesor no sólo las nociones directas que constituyeron el centro de la clase, sino también las indirectas de puntualidad, orden, claridad, mesura, de que el maestro había sido él mismo, sin sentirlo, a veces sin proponérselo, un vivaz ejemplo.

También debe mencionarse en esta parte el ensayo sobre *Universidades Modernas* que el señor Saavedra publicó en 1935. En 1930 realizó el autor un segundo viaje por Europa, que el gobierno quiso aprovechar dándole la comisión de estudiar la organización de las instituciones de enseñanza superior especialmente encargadas de preparar al profesorado. Matriculado para el efecto como alumno de la Facultad de Letras de la Sorbona, el señor Saavedra asistió así en ella como en la Escuela Normal Superior "a todas las variedades de trabajos, a fin de comprender su organización". Las observaciones hechas fueron comunicadas al Ministro de Educación don Mariano Navarrete, que era quien había comisionado al profesor chileno; pero de pronto el señor Navarrete dejó de ser Ministro, y el comisionado hubo de volver al país. La posibilidad de influir en la organización de la educación pública mediante intervención ejecutiva directa, se

alejaba tal vez para siempre. En subsidio, el señor Saavedra redactó el trabajo de que se está dando cuenta.

Según el autor, las funciones de una universidad moderna son, por lo menos, dos: función profesional y función científica y de orientación nacional. Al definir las dice: "En la primera se trata de transmitir conocimientos en relación con un arte y de adiestrar en este arte. En la segunda se trata de investigar, de buscar nuevas maneras de resolver una cuestión científica, filosófica, literaria... sin propósitos de aplicación inmediata a las profesiones. La publicación de las obras: revistas, memorias, tratados... es complemento obligado de esta función". Creía además el señor Saavedra que "nuestras universidades", esto es, las americanas de lengua española en general y las chilenas en especial, habían cumplido la primera de esas dos funciones, pero que distaban mucho de haber prestado a la segunda la atención debida. Sus observaciones deben ser puestas, por lo tanto, en la historia de la evolución de la educación universitaria, en calidad de cimiento de la obra de divulgación propiamente cultural que suelen realizar las universidades. Nótese bien que decimos "divulgación propiamente cultural", ya que no nos parece encontrar en las palabras del profesor Saavedra nada que pudiera justificar la existencia de organismos que pretenden constituir como escalones intermedios entre la incultura ambiente y la cultura realmente universitaria. Lo indican tan claramente los términos empleados por el señor Saavedra, que no hace falta insistir.

En el curso de su trabajo el autor da informaciones muy completas sobre lo que es la Escuela Normal Superior de París, señalando a la vez las raíces históricas de algunas de sus instituciones presentes y el funcionamiento de éstas. Y después de largo, prolijo y exhaustivo aunque ameno análisis, llegaba el autor del estudio a sintetizar las siguientes observaciones:

La conclusión para nosotros es clara. Tenemos poco o nada que aprender en Francia en cuanto a pedagogía práctica, a técnica profesoral, particularmente en el grado secundario de la enseñanza; pero la Escuela Normal Superior de París y también sus descendientes: las de Sèvres, Saint-Cloud y Fontenay-aux-Roses, y las Facultades de Ciencias y Letras en general nos ofrecen los mejores modelos tal vez para la formación de sabios, de investigadores, de los modes-

tos obreros que preparan en el silencio de los laboratorios y las bibliotecas, la pujanza de las naciones para la paz y para la guerra.²

Nada se ha dicho en estas palabras de lo que era el señor Saavedra Molina considerado desde otros puntos de vista, y hora es ya de reparar este olvido. Lo poseía la pasión de la cosa pública, y un civismo enérgico lo exaltaba con facilidad. La última vez que hablé con él sentí que algo se había roto en esa alma, algo que acaso no era ya tiempo de componer o reparar. Los rasgos de la fisonomía nada denunciaban de aquella herida; pero el tono de la voz, el ritmo de la frase, eran distintos. ¿La muerte rondaba por allí en busca de su presa? Puede ser. En todo caso, la muerte llegó cuando no se la esperaba, y se fué con él en una hora que nos parece deshora a cuantos le quisimos. En aquella postrera conversación de pocos días antes de su muerte, me pareció advertir que el viejo y austero luchador estaba lastimado. Antiguos amigos suyos de magisterio, promovidos a relucientes dignidades políticas, que tal vez no merecían, le motivaron juicios acérrimos. Quise calmarlo. Le recordé que así como no es oro cuanto reluce, también suele ocurrir que la fama alada que conquista el hombre en su paso por la existencia no siempre calza en grado preciso a su fisonomía moral. Que hay seres calumniados, que a veces la justicia no quiere ser contemporánea del ser vivo y se reserva la áspera condición de póstuma...

Fué nuestra última charla. A ella siguió una carta, como era frecuente en él, destinada a ensancharla, a darle una cúspide nueva. Y cuando ya tenía yo algunas líneas escritas para responderla, la noticia de la muerte súbita me paralizó la parte de diálogo que había echado sobre mí.

Maestro desde la juventud, viajó por Europa, asistió a establecimientos modelos, se preparó, en fin, para dignidades superiores. Su tragedia fué la de tantos chilenos egregios que creen que los caminos difíciles son los mejores y que se imaginan que el mucho saber conduce muy lejos. No fué tomado en cuenta, y en cuanto hubo oportunidad se le empujó a la jubilación, tal vez no con persua-

² Era antigua la preocupación del señor Saavedra por estos estudios de organización educacional comparada. Ya en 1922 publicó *La Reforma General de la Enseñanza en el Parlamento Francés y en nuestro país*, que fué una conferencia ofrecida a la asamblea de Educación Nacional de 8 de octubre de ese año.

siva dulzura. No se han hecho las dignidades para quien vive lejos de la casa de los poderosos, y el saber estorba en la frivolidad del mundo. La palabra ática, dulce, hechicera del erudito, provoca risas en este ambiente ruin, y al que se prepara durante años para hacer algo bien y a conciencia, con ardor cívico, con entusiasmo, energía, decisión, se le deja con su bazaje a cuestas que se vaya a rumiar el aburrimiento del jubilado, o se le promueve cuando decisión, energía y entusiasmo van de capa caída, rumbo a la disgregación de la senectud irremediable.

Estas muertes nos van dejando solos: cada día abundan menos los interlocutores que quieren oír, y es desoladora la escasez de los seres que hagan observaciones sólo agudas, sensatas y sinceras, o porque las impertinentes no se les ocurren o porque con mano sutil las esconden en aquellos senos del alma que el hombre ilustrado no tiene derecho de estar revelando a cada paso. Don Julio Saavedra Molina fué modelo de amigo; así como de su obra escrita puede ya decirse que constituye también un modelo de erudición. Y esas dos dimensiones del espíritu, la amistad y el saber, convivieron en él en grado tan eminente que en esta hora lo lloran a la par el amigo y el admirador, ambos con pesar idéntico, ambos con agradecida solicitud.

Raúl Silva Castro

TEORIA DEL POEMA

Dos ensayos distintos: Poesía y Verso; y un solo tema en verdad: El Poemá

I

Yo he leído a campesinos españoles las estrofas de *Martin Fierro* y les parecía oír la voz de uno de sus poetas. Y allá, de boca de un granjero, cerca de Santiago de Chile, me hicieron oír el mismo romance de tierras de León donde está el germen de uno de nuestros héroes, de Don Juan Tenorio. En el Plata, he oído las desventuras de Villamediana, cantadas por el pueblo en los mismos versos que en Castilla...

Es un tópico irritante, el que los puristas españoles se quejen de la corrupción del castellano en América. No sólo los españoles sino muchos de América misma. Y yo digo que no hay tal corrupción...

Nuestra raza no es una unidad antropológica, sino una cultura; y, por lo tanto, una lengua. Es todo eso que vive y vivirá mientras exista el idioma; con el que un genovés, injerto en español, gritaba "¡Tierra!"; desde cuyo instante, el idioma balbuciente de aquella *Gramática* de Nebrija, que el Almirante llevaba junto al diario de ruta de su carabela, se convirtió en instrumento de una civilización, que había de florecer por los siglos, a los dos lados del mar...

El servir a nuestra lengua no es preocupación académica, sino puro y dilecto deber; el deber en que mejor se resume la servidumbre de la Raza...

(Doctor Gregorio Marañón, artículos *El sentimiento de la Raza* y *El genio de nuestra Lengua*, en *El Mercurio* de Santiago de Chile, de los días 7 y 18 de diciembre de 1941)

BIBLIOTECA ^{NON} Y ¿quién será tan fuera de razón que, llamándose arte el oficio de tejer, o herrería, o hacer vasijas de

barro, o cosas semejantes, piense la poesía y el trobar haber venido, sin arte, en tanta ñinidad? Bien sé que muchos contenderán para, en esta facultad, ninguna otra cosa requerirse, salvo el buen natural, y concedo ser esto lo principal y el fundamento; mas, también afirmo polirse y alindarse mucho con las observaciones del arte; que, si al buen ingenio no se juntase el arte, sería como una tierra frutífera y no labrada.

(Juan del Enzina, *Arte de poesía castellana*, Cap. II, Año 1496)